



Seix Barral

Colum McCann

Trece formas de mirar





Seix Barral Biblioteca Formentor

Colum McCann

Trece formas de mirar

Traducción del inglés por
Marta Alcaraz

Título original: *Thirteen Ways of Looking*

© Colum McCann, 2015

© por la traducción, Marta Alcaraz, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Este libro se ha publicado con la colaboración de Literature Ireland



Las citas de Wallace Stevens están tomadas de: *Cuatro poemas*, trad. Tedi López Mills, Monterrey, UANL, 2009

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-322-3290-9

Depósito legal: B. 17.653-2017

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correctos, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

*Entre veinte montañas cubiertas de nieve,
lo único que se movía
era el ojo del mirlo.*

La primera está escondida bien arriba, en una biblioteca de caoba. Ofrece una panorámica de la habitación en la que él duerme acostado en una cama de matrimonio, entre un montón de almohadas.

El cabecero tiene una talla intrincadísima. El somier, forma de trineo. El edredón, motivos amish. Sobre la mesita de noche de la izquierda reposa una urna. Un reloj de linterna antiguo cuelga en la pared, cerca de un espejo de plata alargado que el tiempo ha oscurecido y llenado de motas. Debajo del espejo, en un rincón, casi oculta a la vista, hay una bombona de oxígeno pequeña.

En la butaca, lejos de la cama, reposan media docena de almohadas, y varios cojines ocupan una silla de roble con reposabrazos de cuero.

En el escritorio, al lado de la puerta, hay varios papeles cuidadosamente apilados, un abrecartas de plata, un

sello seco y un portátil abierto. Se ve una pipa, pero ni caja de tabaco, ni cerillas ni cenicero.

Obras contemporáneas: tres paisajes urbanos, líneas y bloques nítidos, y una pequeña marina en la pared de la puerta del baño.

Y en medio de todo aquello, él yace en la cama hecho un bulto; la cabeza, apenas un borrón.

II

*Me debatía en tres puntos,
como un árbol
en donde hay tres mirlos.*

Nací en mitad de mi primerísimo discurso. Debería levantarse, buscar un cuaderno y anotar la frase, pero, como en la habitación hace un frío glacial y la calefacción no está en marcha todavía, prefiere no moverse. Al menos las sábanas están tirantes y calentitas. Puede que Sally haya entrado a arroparlo otra vez, porque ahora le viene a la memoria su travesía, o sus varias travesías, o —para ser más precisos— sus infinitas travesías al baño. *Nací en mitad de mi última travesía heroica.* Arriba, el ventilador del techo da vueltas. Los de mantenimiento han cambiado el sentido del giro. Pero ¿cómo va a dar calor un ventilador que gira en sentido contrario? Si pudiéramos dominar la corriente, cambiar el sentido del giro... *Nací en mitad de mi primer discurso al jurado.* Curioso, que se replantee lo de sus memorias a su edad, pero ¿qué otra cosa va a hacer? Lo flojo de las ventas, en los ochenta, fue una auténtica sorpresa, tan bien editadas,

tan bien presentadas, tan bien corregidas. Con todos los detalles. Ni tragándose una píldora de humildad habría imaginado que sólo iba a vender unos cuantos ejemplares aquí y otros allá, pero casi todos acabaron en las mesas de saldo a los tres meses. *Nací en mitad de mi primer fracaso público.* Pero, a ver, ¿eso cuándo fue, de verdad? *Nací la primera vez que le hice el amor a Eileen. Nací cuando toqué la mano de mi hijo Elliot de bebé. Nací cuando me senté en la cabina de un Curtiss SOC-3.* Va, gilipollices. Gilipollices con DOBLE ELE mayúscula. Para ser sinceros, nació en medio de ese primer caso, cuando, ayudante del fiscal del distrito recién salido del cascarón, se plantó en el tribunal de Brooklyn y les dio a sus palabras la forma exacta que había soñado, y penetraron en el aire y las vio revolotear, y advirtió el efecto que provocaban en las caras del jurado, hombres todos, y en el comprensivo juez, que sonrió con algo muy parecido al orgullo. *Un discurso muy sólido, señor Mendelssohn.* Y en ese preciso momento supo que nunca iba a dejarlo. El derecho era lo suyo. ¿De eso cuántos eones hace, ahora? Debería anotarlo. Pero la edad tiene ese problema, ¿no es cierto? Tienes impresiones, pero te faltan fechas. Y a la que das con las fechas, la impresión la pierdes.

Lápiz y papel, Sally, querida, ¿es pedir demasiado? *Nací en mitad de mi primerísima pérdida de memoria.* ¿Se puede saber por qué no tengo nunca papel al lado de la cama? ¿Debería usar una grabadora? Un portento digital de éstos. Puede que mi BlackBerry tenga una; a fin de cuentas, todo lo demás ya lo tiene. Últimamente le ha dado por embutirla en el bolsillo del pijama, donde pasa toda la noche con la lucecita roja parpadeando. Máquina prodigiosa, le trae noticias de los triunfos y los terrores más recientes mientras él se adormece y ronca. Golpes de Es-

tado y revoluciones y rebeliones y desgracias variadas, todos cómodos en la cama, planeando su fuga.

Curioso: los pijamas los diseñan para que el bolsillo quede en el lado izquierdo, encima del corazón. ¿Con criterios médicos, tal vez? Un pequeño compartimento para el doctor. Un sitio donde poner los *stents* y los tubos y las píldoras en caso de ataque. Los accesorios de la edad. Tendría que preguntárselo a su viejo amigo, el doctor Marion. ¿Por qué está el bolsillo encima del corazón, Jim? Tal vez no sea más que cosa de la moda, un tic. Y a todo eso, ¿quién diantres inventó el bolsillo del pijama? ¿Y con qué propósito? ¿Para que quepa un poquito de pan o una galletita salada o una tostada, por si de noche nos entra el hambre? ¿Es un escondrijo para antiguas cartas de amor? ¿Una funda para el *alter ego*, que, ahí fuera, espera entre bambalinas?

Ay, la mente va vagando, planea su fuga: por la ventana escarchada. Y a todo eso, ¿quién inventó el lado fresco de la almohada?

Bajo la sábana, mueve un poquito los dedos de los pies y los frota los unos contra los otros despacio, deja que el calor vaya reptando cuerpo arriba. Nunca ha entendido las calefacciones de Nueva York. Tanta tubería subterránea y tanto camión de gasóleo y tanta reunión de la junta del edificio a propósito de la caldera, tanto premio nobel de ingeniería y arquitecto sabihondo y experto en calentamiento global, un auténtico grupo de sabios, genios todos ellos, y ni así te libras de ese espantoso clac, clac, clac de todas las mañanas. Es Dante, en el sótano, tratando de dar una capa de imprimación a las tuberías. Por Dios bendito, cualquiera diría que en el siglo *xxi* podrían resolver el misterio de la puta calefacción, y perdón por lo soez de mi inglés, y de mi polaco, y de mi lituano, pero no, no pueden, nunca han podido y es probable que no

puedan jamás. No encienden la caldera hasta las cinco de la mañana a menos que en la calle estén como en Siberia Oriental. El portero del edificio es maestro de ajedrez, de Sarajevo, se ha enfrentado a Spaski, se jacta de su capacidad cerebral y dice que es miembro de Mensa, ¿y ni él puede poner en marcha la condenada calefacción?

Coge la BlackBerry y la resucita a golpe de tecla. Todavía faltan veintidós minutos para que las tuberías empiecen a chutar como es debido. Se siente tentado de saltarse su ritual, de hacer una consulta anticipada a las noticias y al email, pero vuelve a guardar la BlackBerry en el bolsillo del pijama. *Nací en mitad de mi primer discurso al jurado y salí a Court Street con alas en los pies.* No es del todo cierto. Nunca he tenido alas en los pies, ni siquiera entonces. Siempre he andado rezagado. No soy un Joe DiMaggio ni un Jesse Owens ni un Wilt Chamberlain. Las alas las había guardado plegadas, ocultas en el lenguaje, en la entonación, en la forma de sus palabras. A veces pasaba la noche entera despierto, sentado a la mesa de caoba, puliendo frases. De joven quiso ser escritor. La fuente del Helicón. *Nací en mitad de mi primera contradicción.* Los grandes discursos no tenían nada que ver con la sustancia. El estilo lo era todo: la palabra precisa en el momento adecuado. Hasta el más tonto sabe que una frase rimbombante aquí y otra allá pueden sacarle brillo a cualquier estupidez. En la sala, estudiaba las caras del jurado para ver qué palabras podría deslizarles piel abajo. Garbo de orador y silueta de serpiente, ¿o garbo de serpiente y silueta de orador, más bien? Era un cumplido, como fuera. Hasta las eses de la serpiente son sibilantes.

A Eileen le encantaba leer sus discursos, sobre todo en los últimos tiempos, después del ascenso al Tribunal Supremo de Kings County, cuando siempre tenía algún pe-

riódico detrás buscándole las cosquillas, el *Village Voice*, el *New York Times*, ese periodicucho de tres al cuarto de Nueva Ámsterdam, ¿cómo se llama? El *Brooklyn Eagle*, no, ése lleva tiempo fuera de circulación. Una vez, en una caricatura lo sacaron como una mantis religiosa. Le habían dibujado una cara odiosa, esas mejillas caídas, esos lentes encaramados en la nariz, la tripa como colgada en bandolera mientras masticaba a otra mantis religiosa. Idiotas. No habían entendido nada. Es la hembra la que se come al macho al término del combate amoroso. Con todo, aquello no era un cumplido, precisamente.

¿Y por qué a los jueces siempre los presentaban como imponentes montañas de carne? Él era de lo más flaco, de toda la vida. Una estaca. Un espantapájaros. Hasta en un cuchillo de carnicero había más grasa, solía decir Eileen. Pero los dibujantes de viñetas cómicas, y hasta los de la sala de vistas, se empeñaban en darle un tris de papada o un pelín de tripa. A Eileen eso la sacaba de quicio. Llegó a racionarle las calorías hasta que ya casi ni se veía en el espejo cuando se ponía de perfil. Él pensaba que la vejez, dadivosa, lo libraría de la vanidad y, sin embargo, últimamente ésta se hacía notar todavía más: la piel que colgaba, las arrugas, los ojos sorprendidos ante la visión de sí mismo. El otro día alcanzó a verse fugazmente en el espejo, ¿y cómo demontre se me ha puesto la cara del padre de mi padre? Los años no llegan, no, se presentan sin que nadie los haya invitado, se cuelan por la puerta y hacen estragos, la vajilla vacía, las venas rotas, las cuencas de los ojos hundidas, las encías doloridas, pero quién es él para quejarse, ha tenido muchos años para ir acostumbrándose, no es que fuera un Adonis, para empezar, y a la chica se la llevó igual, la encandiló, le robó el corazón, la pilló, sí, *nací en mitad de mi primer gran amor.*

Deja caer el brazo al otro lado de la cama. *Saudade*. Buena palabra. Portuguesa. Acércate, Eileen. Ven a acurrucarte aquí a mi lado. Jamás hubo palabra más certera. La añoranza de lo ausente.

Ella siempre le decía que sus primeras actuaciones en el tribunal de Brooklyn derrochaban paciencia, astucia e ingenio. Una referencia literaria; Eileen era fan de Joyce. Silencio y exilio. En casa le planchaba la camisa y el cuello todas las mañanas, y cada vez que ganaba un caso le compraba una antología poética y una corbata de las de la tienda de Montagu Street. Podría haberlas colgado todas, de casa al taller de los chinos: las corbatas, claro está, no las antologías. Eileen debía de mantener ella sola a las costureras de Gucci, con la de corbatas que había colgadas en el armario, todas perfectamente ordenadas, cuidadosamente identificadas y dispuestas. El pelo oscuro de Eileen, su naricita respingona, ese lunar solitario en el borde de la mejilla. Preciosa, ayer y siempre, como la chica de la canción. *Bella ayer y bella siempre, claro de luna en el pelo*. A veces todavía rocía un poco de perfume en la almohada de Eileen, sólo para oler y fingir que sigue allí. Sentimental, por supuesto, pero ¿qué es la vida sin sentimiento? Y, aceptémoslo, ¿cuál fue la última vez que lo asaltó un acceso de lujuria de la buena? Pregúntaselo a la BlackBerry, ella lo sabrá. A fin de cuentas, todo lo demás ya parece saberlo: hijos caprichosos, hijas con el corazón roto, otro vertido más en el Golfo.

Oye a Sally, que ya se ha levantado y está en la cocina. Las cucharas que repican. El platito que se desliza. El contacto de la taza de té. El tilín del vaso naranja. La licuadora que sacan del armario. El suave suspiro de la cinta de goma de la nevera. El chirrido del cajón de abajo. Van saliendo las zanahorias, las fresas, la piña, las naranjas,

y después, sigue el ruido del hielo. El jugo de frutas. Sally dice que debería llamarlo batido, pero a él no le gusta la palabra, tal cual, de batido eso no tiene nada. El otro día, en el parque, arrastrándose como de costumbre —el verbo no puede ser otro, ahora se arrastra todos los días—, vio a una mujer en los bancos, cerca del lago, con unos limones de aspecto jugoso estampados en el pecho de la sudadera, y a él no le quedó más remedio que admitir, a su edad, que la analogía era acertada. Le presentaba sus disculpas a Eileen, por supuesto, y a Sally también, y a Rachel, y a Riva, y a Denise, y a MaryBeth, y a Ava, por supuesto, y a Oprah, y a Brigitte, e incluso a Simone de Beauvoir, ¿por qué no?, y al resto de las mujeres del mundo, disculpas a todas, pero sí que eran jugosos, cómo botaban, con ese breve gajo de piel oscura que los coronaba, y hubo un tiempo, de eso hace mucho, en el que les habría dado un buen estrujón, que no me vengan ahora con batidos. Él tuvo su fama, pero aquello nunca pasó de pasatiempo inofensivo. Nunca se apartó del buen camino, aunque un poquito de ganas sí que tuvo. Perdóname, Eileen, por esas ganas y más ganas y más ganas. Fueron los colegas conservadores del tribunal los que le echaron el mal de ojo. Mojigatos. Menudas ciruelas pasas, o ciruelos, o las dos cosas: ¿qué sería lo que, maniobras partidistas aparte, propició su elección? ¿Qué estarían pensando? ¿Que un hombre debe ocultar su vida bajo la toga? ¿Que debe volver a meter su aventurera cabeza en el caparazón? ¿Que el único ruido que iba a hacer sería el del mazo? No, no, no, de lo que se trataba era de pelar la vida. De extraer el líquido. De olvidarse de la pulpa. De exprimirla. El Jugo del Judío. Un batido.

Ay, los meandros de la mente. Disculpa, Eileen. Fui apasionado, y la palabra es ésa. Podría decirse incluso que

tuve mis coqueteos. Nada más. Nunca fui de los que se ponen pesados. Eso, en cambio, había quedado para el pequeño Elliot. Vaya lástima. Y ahora míralo, al pobre. Pero dejémoslo ahí. No es manera de empezar el día, con el bala perdida de su hijo y sus ojos traviosos, traviosos como sus manos, sus oídos, su garganta y su billetera.

Ya empieza a oír los primeros ruiditos. Vamos, calor, date prisa. Avanza tuberías arriba.

¿Por qué será que Nueva York no ha dado un genio precoz que arregle el problema de la calefacción? Con la de niños que nacen en esta gigantesca metrópolis, cualquiera diría que al menos a uno el ruido de las tuberías y el silbido del vapor iban a sacarlo de quicio. Que alguno resolvería su dilema cotidiano. Pero no, no, no. Todos acaban tirando para Wall Street y Broadway y Palo Alto y Los Álamos y para donde sea, y cuando vuelven a casa se encuentran con un apartamento pensado para cavernícolas.

Y a todo esto, ¿cuánto valdrá este apartamento de mala muerte? Hace veintisiete años, medio millón. Vendieron el adosado de piedra caliza de Willow Street y enfilaron rumbo al Upper East Side. Y todo para que Eileen estuviera contenta. Le encantaba pasear por el inmenso prado del parque, relajarse a orillas del lago, hacer excursiones a la panadería Greenberg. Hasta llegó a colgar una mezuzá al lado de la puerta de entrada. Para proteger su inversión, más que nada. Ahora son dos millones de dólares, dicen, dos doscientos, tal vez, dos cuatrocientos, ¿y ni así pueden encender la calefacción antes de las cinco de la mañana? ¿Podemos poner a un negro en la Casa Blanca y no somos capaces de estar calentitos? ¿Logramos enviar una misión a Marte y tenemos que estar helándonos las pelotas en la calle Ochenta y seis? ¿Hemos conseguido guardar la BlackBerry en el bolsillo del corazón del pija-

ma y no podemos guiar el vapor pared arriba sin armar un escándalo?

Pero aquí viene, aquí viene. El primer ruidito del día. Como si ahí abajo hubiera un tipo desgajando las tuberías. El segundo ruidito. El tercero. Y un golpe. Topetón, mamporro, golpetazo. Un buen tipo, este Dante. Esto sí que es una divina comedia. Abandonad toda esperanza. Jazz en las tuberías de la calefacción. Ay, ojalá. Despiértame, Thelonious Monk. Ven a pasar una temporadita en los conductos de vapor. Y date una vuelta por el sótano, ya que estás.

—¡Sally!

Oye cómo el aparato aplasta el hielo, el tartamudeo de las cuchillas y el golpe seco contra el recipiente de vidrio.

—¡Sally!

El exprimidor se detiene poco a poco, el ruido se atenúa hasta convertirse en silencio.

—¡Sally! ¡Ya me he levantado!

Algo que, evidentemente, no ha hecho. De ninguna manera. Le han colgado una barra blanca al lado de la cama y otros artilugios que le ayudan a levitar por las mañanas. En un momento dado, Elliot hasta quiso instalar en el cuarto una grúa hospitalaria. Como si él fuera una especie de contenedor gigante. *Te hace falta una grúa, papá.* Grúa, los cojones, hijo querido. La ganzúa de la grúa la robó la cacatúa. A Eileen, huelga decirlo, la rima no le habría parecido gran cosa: a ella le gustaba una poesía de signo muy distinto, nunca fue amiga de sus versitos baratos. Era fan del irlandés ese, Heaney, y sentía debilidad por otro greñudo que se llamaba Muldoon. Iba a sus recitales siempre que se le presentaba la ocasión. A la caza de los bardos bullangueros, Eileen siempre le arran-

caba una sonrisa. Una vez él vio a los dos poetas, estaba en una cena, en el Waldorf: tendrían que haber escrito una rima sobre el pollo correoso y los camareros de paso pausado. Cruzó la sala, se puso a la cola, sacó su pluma buena, hizo que los poetas le firmaran una servilleta y la escondió —tenía miedo de que lo pillaran con las manos en la tela, un juez derecho al banquillo— y la llevó a casa para dársela a Eileen, que, apretujándola, se la acercó al camión y luego le dio un señor beso de buenas noches: te veo en mis sueños.

Vaya. Ruido. De. Cojones. Esta. Mañana. Pero hete aquí, por fin, el sonoro silbido del vapor. Ya lo nota, empieza a inundar la habitación. Buenos días, Thelonious. Levantémonos, cantemos, a la gloria del Señor. Katya solía cantársela, de eso hace muchos años. Con esas cancioncitas para jugar al dreidel.

Coge bien la barra, ladea las rodillas y las apoya en la cama, se desliza para moverse debajo de las sábanas y mecagüendiós. Ahora la nota, debajo de los pantalones del pijama. Le ha puesto una compresa. Sí, una compresa. Ni más ni menos, con otras palabras, que un pañal. ¿Por qué narices lo hará? Un condenado pañal. ¿Y cuándo diantres se la puso? ¿Y cómo es posible que él no lo recuerde? Se acuerda del ruido de los coches en Court Street de hace cincuenta millones de años, se acuerda de Heaney en el Waldorf, y de Muldoon también, se acuerda de que al nacer era un joven abogado, por el amor de Dios, de la tienda de corbatas de Montague Street, de Katya y sus cancioncitas, se acuerda de cuando se montaba en el SOC-3, pero no es capaz de recordar a Sally endilgándole una compresa esa misma mañana.

Los perros negros de la mente.

—¡Sally!

Alta y larga, un rato, pero de paso ligero no es, precisamente. ¡Sal, Sally! Sally la Losa, a la de una no sale. A la de siete, más bien. A la de ocho.

—Ya casi estoy aquí, señor J.

Bueno, como Janucá. Y como el siglo XXI. Y como el fin del mundo visible. Date prisa y ayúdame, mujer. Un condenado pañal. ¿Por qué demonios me has enchufado este cochambroso cacharro? ¿Qué he hecho yo para merecerlo? ¿Qué crimen? ¿Qué crueldad? ¡Un pañal! Puede que ochenta y dos años atrás necesitara uno, cierto, Sally querida, y perdón por lo soez de mi polaco y de mi lituano y de mi yiddish a medio cocer, pero coño, ya, mujer, ahora no me hace falta.

Está bajando de la cama, prácticamente flotando en el aire, cuando oye un débil resuello y, después, pasos en el corredor. Que se arrastran despacio. Sally se detiene, para tomar aire, quizá, y a él le cuesta un rato decidir si avanza hacia él o en sentido contrario. Las miradas impacientes al reloj. El agua que hierve. La calma al andar.

La crueldad del tiempo. Cuando lo necesitas nunca alcanza, y cuando ya no te sirve, siempre sobra.

—¡Salllly!

Otro suspiro, un «ay, no...» bien audible, cuatro pasos más y, después, el pomo dorado que gira.

—Aquí me estoy, señor J.

Aquí me estoy, aquí se está, ¿es que en Tobago no hay reglas gramaticales? Funden el idioma. Lo confunden. Lo transfunden. No tienen manual de estilo que valga, ni el de la Universidad de Chicago ni el de Strunk y White. Sally no firmará nunca un artículo en el *New Yorker*, eso seguro. Ni en el *Times*, ni siquiera en el *Daily News*. Un hueco en el *Post* sí que podría buscárselo, pero justo, justito, raspando, por el pelito de su barbilla.

Y, sin embargo, su cadencia tiene un no sé qué encantador. Habla con monedas relucientes en la voz. Con una pandereta en la garganta. Se ha tragado un pájaro, esta Sally James, el primero de la mañana. Ahí entra, tan campante, fresca como la copa de un árbol, alta como una secuoya, fuerte como un roble. Su figura en la cama, encima de él. Los pendientes que se balancean. Su pelo disparado en ángulos fantásticos. Media vida con ese peinado. Rulos y planchas y peines y artilugios de todo tipo. Al principio, la oía levantarse a las cuatro de la mañana sólo para arreglarse, con los rulos y el secador y las trenzas.

Tiene un olor muy suyo, un buen olor, como de cera para muebles, querida Sally de Tobago, ¿o era Trinidad? Y a todo eso, ¿en qué se distingue un sitio del otro? Y, francamente, ¿a quién le importa un pimiento? ¿Qué más da que Sally sea del norte, del sur, del este o del oeste, de arriba o de abajo, cuando lo fundamental es que él lleva pañales y tienen que quitárselos rápidamente, sigilosamente, *ahora*?

¿Cómo diantres ha podido pasar, Sally? ¿A qué horas se le ha aparecido?

Imagina, el pijama bajado hasta los tobillos, el bolsillo, todavía sobre el corazón, el reloj de la BlackBerry, tictac, ¿y qué le habrá parecido, o le parecerá, mi herramienta? No soy hombre de manguera larga. Cuántas veces la ha visto ya, enrollada o desenrollada. Hecha un caballito de mar. Encapuchada. Que los vivos no se rían. Esperemos.

—¿Sally?

—¿Sí, señor J.?

—¿De verdad necesito el equipo de invierno?

Se ha convertido en su frasecita: el equipo de invierno. La idea de llamarlo pañal lo irrita, y compresa de incontinencia es una retahíla tan larga que casi no cabe en la boca, ni en la mano, bien mirado, ni un balde, ya pues-

tos. Y en vez de cambiar el pañal, ¿qué es lo que dicen los ingleses? Qué extraordinario dominio de las palabras, el suyo, han aprendido a usarlas de los irlandeses, o eso decía siempre Eileen. Pero hasta los grandes maestros de la lingüística fracasan aquí. Mudar el pañal, parece que dicen en Inglaterra. ¿A qué genio se le ocurrió, por todos los santos? ¿A qué mente preclara de Oxford?

—No me gusta, Sally.

—Así no se desgracia mientras duermes, señor J.

—Pero me desgracio al levantarme, vaya que sí.

Sally echa la cabeza para atrás y enseña una boca llena de empastes negros, pero no es cosa de risa, Sally, no es cosa de risa en absoluto. Aquí me tienes. Y allí me estoy. Se encorva hacia mí, el perfume fuerte, el pelo que me hace cosquillas, y aparta el nórdico ejecutando un rápido tirón de sábanas. Oh, ¿habrá algo peor en estos negros mundos de Dios? Él se mueve en la cama para ponerse de lado y lo nota al instante. Enciérreme, señoría. Tire la llave. Oh, Señor, te has meado y te has cagado encima, Mendelssohn. ¿Quién es el dueño de este cuerpo, esta inmunda casita en ruinas, esta mansión majareta? ¿Quién nos ha asignado esta infecta comedia? De divina no tiene nada. ¿Y cómo diantres he podido quedarme dormido con eso encima? El anciano meón que llevo dentro. Una fuente del Helicón, en efecto.

Ella lo sujeta y alarga la mano para coger el andador Zimmer; y a todo eso, ¿quién demonios era ese tal Zimmer? Él se inclina hacia delante y dice que ya se encarga él del resto, de quitarse el equipo de invierno, de bajar esquiando hasta pie de pista.

Y entonces dice: Por favor.

Oh, acaba del todo con este cuerpo, Sally, rómpelo en pedacitos, que así podré andar con la cabeza y el corazón

todavía en funcionamiento, dejar las piezas inservibles atrás. Id con Dios, tripas, colon, bolsillo del pijama, prótata errante, piezas insostenibles vosotras todas. Dejad que la mente de Mendelssohn merodee. Dejad que el corazón salga de paseo. Decidle adiós al viejo cascarrabias. Siempre he obrado conforme a las leyes de la naturaleza. Es un niño desnudo contra un lobo hambriento. *Nací en mitad de mi primerísimo cambio de pañal*. Ni siquiera del primero, a decir verdad.

Vuelve a inclinarse hacia Sally y siente sus brazos fuertes y robustos y su mano en los riñones, ¿y quién habría dicho que la última mujer de su vida tendría unos pechos tan redondos y generosos como los de Sally? Suaves y fragantes. Redondos y jugosos. Blandos y abundantes. Eres una buena mujer, Sally James, de Tobago, o de Trinidad, o de Jamaica Plains, o de donde sea, ¿y cuánto te pagaba? Tengo que asegurarme, reasegurarme, requeteasegurarme, de que en mi testamento haya algo para ella, tiene buen corazón, y también buenas intenciones, por mucho que la gramática se le atraviere, aunque también se me atraviesa a mí de vez en cuando, *yo es, yo soy, yo era, yo seré*, pero, oh, me sujeta flotando en el aire, ahora todo se reduce a una cuestión de ciencia, levántame, llévame a la cima de la montaña, resucítame, corre la piedra, y él siente que el cuerpo cruje y avanza, a la de siete, y se medio desplo- ma sobre el andador y suelta un gran suspiro de alivio, aunque nota el contenido del equipo de invierno allá por los bajos.

—Con cuidado, señor J.

—Tú llévame a la iglesia a tiempo.

—¿Eh?

—Al baño, Sally. Al baño.

—Sí, señor.

Dilata las fosas nasales, Mendelssohn. Date prisa. Espabila. Basta ya de crujidos. Dale tiempo a la vida y ella resolverá todos tus problemas, hasta el de estar vivo.

—Está pálido, señor J.

—Nunca me había sentido mejor.

—Nos olvidábamos —dice ella.

Sally cruza la habitación y se agacha en el vestidor. Tensando el blanco del uniforme en dos mitades exactas. Soy un hombre terrible, pero, Señor, hay vistas muchísimo peores. Más vale taparse los oídos y la boca, pero, a mi edad, ¿no podría echar ni una miradita?

—¿Me olvidaba de qué, Sally?

Y ahí que aparece, toda carne y sonrisas, columpiando un par de pantuflas en el aire.

—¡Ay, Sally, no necesito ningunas pantuflas ridículas!

—¿Señor J.?

—¿Me has oído? Nada de pantuflas, mujer.

Sally se agacha, le da unos golpecitos en la pierna y consigue que, al menos, levante el pie.

—Es para que no resbale, señor J.

—Esto no es una condenada pista de patinaje, Sally.

Ella le clava el blanco de los ojos y él levanta el pie derecho en un delicado gesto de disculpa. Ay, Sally, pero ¿tenías que escoger las de pelo? ¿No había un par más discreto? ¿Se ha reducido mi vida entera a unas pantuflas peludas? Y tampoco son de las de Brooks Brothers, que me quedan como un guante. ¿De verdad tenías que ponerme pañales en plena noche? ¿Ha vuelto a buscarse líos el traicionero de mi hijo? ¿Les ha pasado algo a mis preciosos nietos? ¿Ha regresado ya mi hija de su misión de paz?

Se alegra, se alegra muchísimo, de que Eileen no tuviera que ver nada de eso. Se fue hace ya dos años, la querida Eileen. No había fumado un cigarrillo en su vida, mira

tú, y el cáncer acabó devorándole los pulmones. Un mutis repentino. Al menos eso. Sal, espectro. Y llévate a Hamlet contigo.

—Todo a punto, señor J.

Listos para la salida. La copa Zimmer. Podría ir a buscar una bandera de cuadros, ya puestos. Fingid una virtud si es que no la tenéis, dijo el bardo. ¿Cuándo demonios empezó a llamarme señor J., si mi verdadero nombre es Peter, Petras, Peadar? Alcanzaría a ver mis iniciales en alguna ocasión, supongo. Y eso no es lo único que ha alcanzado a ver, menuda lástima. Ay, Mendelssohn, idiota desgraciado. Firme como la roca de Pedro no eres.

—Gracias, Sally.

—Umpf —replica.

Sé un hombre, Dios, y acaba ya conmigo y mis penas. Llegar al baño ya es todo un esfuerzo. Maniobra con el andador sobre el perfil de remate del suelo y consigue cerrar la puerta. Se queda allí parado: el baño está lleno de asideros. Un emporio de asideros: asideros para el lavamanos, asideros para la ducha, asideros para levantarse de la bañera, asideros para los asideros.

Empuja las pantuflas para quitárselas, se desata el cordón y deja que el pijama caiga a sus pies, y, despacio, sale del charco de tela. El cordón se le enreda en el dedo gordo y por poco se cae, pero se agarra al borde del lavamanos. Una mirada fugaz al espejo. Dichosos los ojos. El de delante de mí no soy yo. Ni el de delante mío tampoco. Dios santo, parezco un par de cortinas viejas con una cenefa enorme debajo del cuello. Gomoso, podría estirarme eternamente.

Adelante. Adelante, ahora. La vida es corta, pero es la mañana la que se te come el tiempo.

Lávate, Mendelssohn, recobra la compostura. Elegan-

cia y dignidad. *Nací en mitad de mi primer discurso al jurado, aunque a veces tengo la impresión de haber nacido también en otros momentos.* Y a todo eso, ¿a quién demonios le interesarían unas segundas memorias, cuando lo cierto es que las primeras fueron un fracaso estrepitoso? Ridículo, la verdad.

Alarga la mano y tira de un lado del pañal. Con cuidado, ahora. El contenido del compartimento inferior podría haberse desplazado durante el vuelo.

Ay, Dios santo, no hay nada peor que el ruido del velcro.

No hay nada peor en esta bella tierra.